

el anhelo de curar y de socorrer se había apoderado de él. Posiblemente se había propuesto metas que con los medios terapéuticos a nuestro alcance no son realizables en absoluto. Llevado por sus propias fuentes afectivas inagotables, llegó a la convicción que se podía ayudar en medida mucho mayor a los pacientes, si se les brindaba en grado suficiente aquel amor que habían anhelado recibir durante la niñez. Descaba descubrir cómo realizar esto en la situación psicoanalítica, y mientras no hubiera logrado éxitos en esta empresa, se mantuvo apartado, quizás por no estar seguro de la aquiescencia de sus amigos. Dondequiera lo hubiese podido llevar el camino escogido por él, no pudo recorrerlo hasta el fin. Poco a poco se iba manifestando en él el proceso de grave destrucción orgánica que, seguramente, ya venía ensombreciendo su vida desde hacía algunos años. Fué una anemia perniciosa que, poco antes de cumplir los sesenta años, puso fin a sus días. No es de suponer que la historia de nuestra ciencia jamás lo olvide.

Traducido del alemán por L. PFEIFFER.

UN FRAGMENTO AUTOBIOGRÁFICO DESCONOCIDO ESCRITO POR FREUD¹

por SIEGFRIED BERNFELD, PH. D.
(San Francisco)

I

El artículo de Freud sobre los *Recuerdos Encubridores* (Ueber Deckerin-nerungen, 1899) [9] contiene un diálogo tan delicioso como notable entre Freud y "un hombre de treinta y ocho años, con educación universitaria", que había superado "una ligera fobia por medio del psicoanálisis." El relato de este antiguo paciente nos llama la atención porque está concebido de una manera sumamente concreta, porque aborda directamente los temas y porque está lleno de colorido, sin que por esto se aparte, en ningún momento, de lo esencial, ni lo oscurezca. Además demuestra una captación tan aguda y tan clara de los valores psicoanalíticos, un conocimiento tan grande del psicoanálisis y una presentación tan similar a la de Freud, que si no fuera por la tipografía creeríamos estar leyendo un monólogo. Mas esta fugaz sospecha se desvanece para caer inmediatamente en el olvido. El contenido de las memorias del hombre de treinta y ocho años y las interpretaciones maestras de Freud captan la atención del lector de tal manera, que ningún pensamiento perturbador tiene fuerza suficiente para insinuarse.

Aunque el estudiante asiduo de historias clínicas se siente obligado a suprimir preguntas curiosas acerca de la identidad del paciente, sugiero que en este caso y en beneficio de la investigación histórica, nos apartemos de este hábito recomendable y encaremos los interrogantes suprimidos. ¿Quién puede haber tenido, en 1899, un conocimiento del psicoanálisis tan vívido y profundo? ¿Quién pudo haber escrito un alemán tan claro y distinguido, tan animado y tan simple, por los años del noventa? ¿Quién es este personaje tan interesante y que tanto promete y qué ha sido de él? Su personalidad nos parece familiar y recordamos haber leído varios de sus recuerdos en alguna otra parte. Sólo después de algunas deliberaciones conseguimos recordar los lugares y nos convencemos de que el hombre de treinta y ocho años no es otro que el mismo Freud ligeramente disfrazado. Si esto es cierto, la presente historia contiene la primera información sobre un período impor-

¹ Título en inglés *An unknown Autobiographical fragment by Freud*. Traducido de "The American Imago", Vol. 4, N° 1, 1947.

tante de la vida de Freud que, hasta la fecha, nos ha sido completamente desconocido.

Antes de presentar la evidencia necesaria para esta identificación, aprovecharé la oportunidad para presentar en inglés la parte más importante del artículo de Freud sobre los *Recuerdos Encubridores*, que hasta ahora nunca había sido traducido. Esta traducción no aspira a captar las altas cualidades de estilo del original alemán. Me sentiré satisfecho si resulta legible y digna de confianza, porque facilitará la tarea de este estudio. Además espero que aquellos lectores a quienes no convenzan mis argumentos, o a quienes no interese la adolescencia de Freud, tan siquiera vivan con agrado su primer contacto con la muestra más completa de la temprana técnica interpretativa de Freud.

II²

Un hombre de treinta y ocho años, con educación universitaria, interesado en problemas psicológicos a pesar de ejercer una profesión completamente distinta, me llamó la atención hacia sus recuerdos infantiles después de que conseguí liberarle de una ligera fobia por medio del psicoanálisis. Estos recuerdos (dicho sea de paso) habían desempeñado ya un cierto papel en su análisis. Después de haberse familiarizado con las investigaciones de V. y C. Henri, me hizo, en forma resumida, la siguiente relación: "Conservo una cantidad bastante considerable de recuerdos de mi más temprana infancia y lo que es más, puedo determinar la edad exacta a la que éstos se refieren. A los tres años dejé el pueblo en que nací y me trasladé a una gran ciudad. Todos mis recuerdos suceden en mi lugar de origen, es decir, están comprendidos entre el segundo y el tercer año de mi vida. Son, en su mayor parte, escenas cortas, pero se han conservado perfectamente y poseen detalles claros de todos los sentidos, en contraste franco con los recuerdos de mis años de madurez en los que el elemento visual ha desaparecido por completo. De los tres años en adelante los recuerdos son menos definidos y más escasos. Hay lagunas que deben abarcar más de un año. Creo que sólo a partir de los seis o siete años, el fluir de mis recuerdos adquiere continuidad. Así pues, divido los recuerdos ocurridos antes de abandonar el lugar de mi nacimiento, en tres grupos.

"El primer grupo contiene aquellas escenas de las que más tarde me hablarían mis padres repetidamente. En cuanto a éstas, no podría decir si poseo las imágenes desde el principio o si sólo las he creado después de que me

² FREUD: *Ueber Deckerinnerungen. Ges. Schr.*, vol. I, págs. 472-484. Este fragmento ha sido traducido de la versión inglesa del autor del presente artículo. Existe una traducción directa del alemán en el tomo XII, pág. 272 y siguientes, de las Obras Completas. Ed. Americana. (N. del T.).

fueron relatadas. Observo que también hay incidentes que no puedo recordar en absoluto, a pesar de las frecuentes descripciones que de ellos me haceu mis padres. Le concedo más valor al segundo grupo, pues son escenas de las cuales nadie —que yo sepa— me ha dicho una palabra. Y de algunas de ellas no hay nadie que pudiera haberme hablado, porque nunca más he vuelto a ver a los participantes: mi niñera y mis compañeros de juego. Del tercer grupo hablaré más tarde.

"En lo que se refiere al contenido de estas escenas y a la causa por la que, precisamente ellas, hayan logrado ocupar un lugar en mi memoria, puedo afirmar que no carezco por completo de razones que lo expliquen. Lo que no puedo asegurar es que los recuerdos conservados correspondan a los acontecimientos más importantes de aquel período; en todo caso, no a los que yo consideraría más importantes el día de hoy. No recuerdo nada del nacimiento de una hermana dos años y medio más joven que yo. La partida, el tren, el largo viaje hasta la estación en el coche de caballos, no dejaron la menor huella en mi memoria. Y, sin embargo, he conservado dos incidentes sin importancia ocurridos en el tren. Como usted recordará, surgieron durante el análisis de mi fobia. La impresión más profunda debería corresponder a un accidente en el que resulté herido en la cara. Perdí mucha sangre y un cirujano tuvo que hacerme una sutura. La evidencia de este accidente, la cicatriz, aún existe, pero no hay recuerdo alguno que, directa o indirectamente, se relacione con esta experiencia. Y, a propósito, tal vez por aquel tiempo ni siquiera había cumplido los dos años.

"Las imágenes y los acontecimientos de estos dos grupos de recuerdos no me sorprenden. Es cierto que son recuerdos desplazados en los que, por lo general, se ha omitido el punto esencial; pero al menos en algunos está indicado. En otros me es fácil efectuar la reconstrucción utilizando claves determinadas. Al proceder así consigo establecer una relación satisfactoria entre los diversos recuerdos fragmentarios y puedo ver con exactitud y claridad qué intereses infantiles encomendaron los hechos a mi memoria. Sin embargo, con los contenidos en el tercer grupo, cuya discusión he aplazado hasta ahora, ocurre algo muy distinto. Aquí me encuentro con un material —una escena larga y varias imágenes más cortas— ante el que me siento impotente. La escena me parece de muy poca importancia; su conservación, misteriosa. Permítame que se la describa. Veo una pradera rectangular profusamente cubierta de verde y en suave pendiente. En el pasto hay muchas flores amarillas, "dientes de león" común, evidentemente. En la parte más elevada de la pradera se alza una casa de campo. Ante la puerta dos mujeres conversan animadamente: una campesina, con un pañuelo atado a la cabeza y una niñera. Tres niños juegan en la pradera. Yo soy uno de ellos —entre los dos y los tres años—. Los otros son, mi primo, que tiene un año más que yo, y su hermana que tiene casi exactamente mi misma edad. Estamos cogiendo las flores amarillas, de las cuales, cada uno de nosotros, ya tiene un ramillete

en sus manos. El de la niña es el más bonito. Mas, de pronto, y como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, nos abalanzamos sobre ella y le arrebatamos las flores. Ella corre, llorando, campo arriba y la campesina le da para consolarla una gran rebanada de pan negro. Tan pronto como nos damos cuenta de ello arrojamos las flores, corremos hacia la casa y exigimos pan. También lo conseguimos. La aldeana lo corta con un largo cuchillo. Recuerdo el sabor tan delicioso que tenía el pan. Y aquí se acaba la escena.

“¿Qué cosa hay en esta experiencia que pueda justificar el esfuerzo de memoria que me ha costado? En vano he tratado de desentrañar este enigma. ¿Es nuestra descortesía para con la niña? ¿Será que el amarillo del “diente de león”, al que hoy estoy muy lejos de concederle belleza alguna, tanto habría recreado mis ojos en aquel tiempo? ¿O es posible que la persistencia de esta impresión se deba al hecho de que nuestras correrías por el campo determinaron que el pan nos supiera mucho mejor que de costumbre? Ni siquiera puedo encontrar la menor relación entre esta escena y el interés (que se adivina con facilidad) que mantiene unidas las otras escenas de mi infancia. Además tengo la impresión de que en esta escena hay algo que no está bien. El amarillo de las flores se destaca demasiado deslumbrador sobre el conjunto, y el rico sabor del pan adquiere casi la fuerza de una alucinación. Me recuerda ciertas pinturas que vi en una ocasión, durante la exhibición de una parodia, en las que había determinados detalles que estaban adheridos era vez de pintados —siempre los menos apropiados, naturalmente— como por ejemplo, los traseros de las señoras que aparecían en las pinturas. Ahora bien, ¿puede usted indicarme algún camino que me conduzca a la aclaración o interpretación de este superfluo recuerdo infantil?”

Me pareció conveniente preguntarle desde cuándo le ocupaba esta escena infantil; si pensaba que recurría periódicamente en su memoria desde la infancia, o si había aparecido en una fecha más tardía en circunstancias que pudiera recordar. Esta pregunta fué toda mi contribución a la solución del problema. El resto fué descubierto por mi compañero, quien, por otra parte, no era exactamente un novicio en esta clase de trabajo.

Replicó: “No había pensado en eso. Mas ahora que me ha hecho esta pregunta, estoy casi seguro de que este recuerdo infantil no ocupaba el más mínimo lugar en mi pensamiento durante los primeros años de mi vida. No obstante, creo que puedo imaginarme cuál fué la situación que determinó la emergencia de éste y de otros numerosos recuerdos de mi más temprana infancia. A los diecisiete años, siendo yo un estudiante de bachillerato, regresé al pueblo donde había nacido, con el fin de disfrutar de unas vacaciones y aprovechando la invitación que me había hecho una familia con la que habíamos mantenido relaciones amistosas en el pasado. Sé muy bien las oleadas de emoción que me conmovieron entonces. Pero veo que, ahora, debo contarle una gran parte de mi vida pasada: ha sido evocada por su pregunta y se relaciona con ella. Empecemos pues. Soy hijo de gentes que en un tiempo fueron

acomodadas y que, a mi pensar, vivían con no pocas comodidades en aquel pueblecito de campo. Cuando tenía tres años, la industria con la que mi padre estaba vinculado se vino abajo a consecuencia de una crisis. Mi padre perdió su capital y nos vimos forzados a abandonar el pueblo y trasladarnos a una gran ciudad. Vinieron después largos años de privaciones que no merece la pena recordar. En la ciudad nunca llegué a sentirme completamente a gusto. Ahora creo que, en realidad, nunca he dejado de anhelar los maravillosos bosques de la comarca en que nació. Un recuerdo de ese período relata que en estos bosques y cuando apenas si comenzaba a dar los primeros pasos, ya tenía la costumbre de separarme de mi padre e iniciar, tambaleante, excursiones por mi cuenta. Aquellas vacaciones, a los diecisiete años, fueron las primeras que pasé en el campo y, como ya he mencionado, fuí invitado por unos amigos que se habían enriquecido después de que nosotros nos trasladáramos a la ciudad. Tuve entonces la oportunidad de comparar las comodidades de que ellos estaban rodeados, con nuestra manera de vivir en la ciudad. Bueno, veo que no tiene objeto el continuar con evasivas. Debo admitir que había otra cosa que me excitaba sobremanera. Yo tenía diecisiete años y en la familia que me brindaba su hospitalidad había una hija de mi misma edad de quien pronto me enamoré. Para ser el primero, aquel amor fué ciertamente un amor apasionado y, sin embargo, lo conservé en el más profundo secreto. Unos días después, la muchacha regresó al internado donde estudiaba y la separación, que siguió a tan corta amistad incrementó aún más la llama de mi pasión e hizo surgir en mí una dolorosa nostalgia. Por aquellos maravillosos bosques que había reconquistado, daba con frecuencia solitarios paseos que duraban largas horas, en el curso de los cuales no hacía otra cosa que construir castillos en el aire que, aunque parezca raro, no se dirigían hacia el futuro, sino que por el contrario eran un intento de mejorar el pasado. ¡Sí, aquella crisis nunca habría sucedido, si hubiera permanecido en el campo, si hubiera crecido allí y me hubiera desarrollado tan fuerte como los jóvenes de la familia, y si entonces hubiera secundado a mi padre en sus negocios y, finalmente, me hubiera casado con la muchacha, que con seguridad habría aprendido a amarme en todos esos años! Desde luego que nunca dudé ni por un instante que bajo las circunstancias creadas por mi imaginación la habría amado tan intensamente como en aquellos momentos. Y cosa extraña: cuando la veo, de vez en cuando, en la actualidad —acabó por casarse con uno de sus vecinos— me deja completamente indiferente. Sin embargo recuerdo con precisión lo mucho que me afectó el amarillo del vestido que tenía puesto cuando nos conocimos y cómo me emocionaba, incluso años después, cada vez que veía otro color igual.”

“Eso me parece muy similar a su casual observación acerca de que ya no le gusta el “diente de león”. ¿No sospecha usted que pueda haber alguna

relación entre el amarillo del vestido de la muchacha y el amarillo intenso de las flores de su recuerdo infantil?"

"Es posible y sin embargo no era el mismo amarillo. El color del vestido era de un amarillento tirando a marrón, más bien como el de un alhelí. Sin embargo puedo ofrecerle una idea intermedia que tal vez sea útil. Con posterioridad, tuve oportunidad de observar, en los Alpes, que algunas flores que tienen un color claro en las llanuras, crecen con un matiz más oscuro en las grandes alturas. Si no me equivoco, crece frecuentemente en las montañas una flor que se parece al "diente de león", pero que tiene un color amarillo oscuro que podría corresponder al color del vestido de mi bienamada. Pero esto no es todo. Voy a referirme a un segundo incidente que se produjo durante el período que despertó en mí las impresiones de la infancia. A los diecisiete años volví a ver el pueblo donde había nacido. Tres años después fui a pasar las vacaciones con mi tío y, en consecuencia, volví a encontrarme con los niños que habían sido mis primeros compañeros de juego, es decir, el mismo primo, un año mayor que yo, y la misma prima, que aparecen en la escena infantil donde el prado está cubierto de "dientes de león". Esta familia se había ido del pueblo al mismo tiempo que nosotros y había conseguido rehacer su capital en la ciudad lejana."

"¿Se enamoró usted de nuevo —esta vez de su prima— y volvió a hacer fantasías?"

"No, esta vez las cosas sucedieron de una manera distinta. Me encontraba ya en la universidad y estaba completamente enfrascado en mis libros. Ni siquiera me preocupé de mi prima. Si la memoria no me es infiel, tampoco hice ninguna fantasía. Pero siempre he sospechado que mi padre y mi tío habían concebido un plan que tenía por objeto el que yo cambiara mis estudios abstrusos por algo más práctico que me permitiera establecerme en el pueblo de mi tío y casarme con mi prima. Cuando se hizo aparente la firmeza de mis intenciones, el plan fué abandonado. Mas estoy seguro de que mis conjeturas eran correctas. No fué sino hasta que hubo transcurrido algún tiempo y cuando como novel hombre de ciencia tuve que enfrentarme a una vida dura y esperar mucho tiempo antes de que pudiera alcanzar una posición desahogada en esta ciudad, que llegué a pensar, a veces, en el curso de mis reflexiones, que mi padre procedía con la más sana intención al tratar de enmendar, con el matrimonio proyectado, los perjuicios causados por el prematuro colapso de la fortuna familiar."

"Yo situaría la aparición de la escena infantil en este período de dura lucha por el pan de cada día, si usted puede corroborar mi impresión de que conocí y amó los Alpes por primera vez durante esos mismos años."

"Eso es cierto. El único placer que me permitía en aquel tiempo eran las excursiones a las montañas. Pero aún no consigo comprenderlo por completo."

"Un momento. En su escena infantil el maravilloso sabor del pan del

campo, es el elemento que más se destaca del conjunto. ¿No se da cuenta de que esta idea, percibida casi con la intensidad de una alucinación, corresponde al pensamiento básico de su fantasía? Si se hubiera quedado en su pueblo natal y hubiera contraído matrimonio con aquella muchacha, ¡qué agradable hubiera sido su vida! Expresado de una manera simbólica, ¡qué bien le hubiera sabido el pan por el que más tarde tuvo usted que sostener tan dura lucha! Y el amarillo de las flores se refiere a la misma muchacha. Y, a propósito, hay elementos en la escena infantil que sólo pueden referirse a la segunda fantasía: si usted se hubiera casado con su prima. Tirar las flores y cambiarlas por pan, es una buena manera de ocultar el deseo de que se relizaran las intenciones que su padre tenía respecto a su futuro. Debería usted desechar sus ideas poco prácticas y decidirse por una "profesión de mesa servida"³. ¿No es así?"

"Es decir, fusioné las dos cadenas de fantasías que me sugerían la manera en que hubiera podido organizar mi vida para hacerla más agradable, seleccionando de la una el "amarillo", y de la otra el "pan", las personas y el acto de tirar las flores."

"Eso es. Las dos fantasías se proyectaron recíprocamente una sobre otra y se obtuvo un solo recuerdo infantil. Luego el detalle de las flores alpinas es una indicación del período en que se llevó a cabo esta elaboración. Puedo asegurarle que en el inconsciente suceden con frecuencia cosas de este tipo, al igual que en los sueños."

"Pero entonces no sería un recuerdo infantil, sino más bien una fantasía transferida a la infancia. Y, sin embargo, tengo la sensación de que la escena es genuina. ¿Cómo pueden conciliarse ambas cosas?"

"No existe ninguna prueba que pueda garantizarnos de una manera absoluta la validez de nuestros recuerdos, a pesar de la cual, voy a concederle que la escena sea genuina. En ese caso usted la eligió entre muchas otras similares o incluso diferentes, porque, gracias a su contenido —de ninguna importancia en sí mismo—, pudo representar las dos fantasías que tanto significaban para usted. Llamaré recuerdo encubridor aquél cuyo valor consiste en que puede darnos una representación mental de las impresiones y pensamientos de un período posterior que están ligadas a un recuerdo anterior por medio de conexiones simbólicas y de otras clases. De cualquier forma, ya no le parecerá extraño que esta escena aparezca tan frecuentemente en su memoria. Y ya no se le puede seguir llamando inocua si, como hemos descubierto, está destinada a ilustrar los momentos más decisivos de la historia de su vida —la influencia de las dos corrientes más importantes: el hambre y el amor."

³ "Bread and butter profession". En traducción literal: "Profesión de pan y manteca". (N. del T.)

“Estoy de acuerdo en que la representación del hambre es clara, pero, ¿dónde está la representación del amor?”

“En el amarillo de las flores, si no me equivoco. Sin embargo, no puedo negar que la representación del amor en su escena infantil parece muy débil, si se compara con las observaciones que he efectuado en el curso de mi experiencia.”

“¡Qué va!; de ninguna manera. De hecho la representación del amor es su principal objeto. ¡Por fin ya lo entiendo! Reflexione. Quitarle una flor a una muchacha significa desflorarla. ¡Qué contraste el que hay entre la impudencia de esta fantasía, mi timidez en la primera ocasión y mi indiferencia en la segunda!”

“Puedo asegurarle que ese tipo descarado de fantasías es un complemento regular de la timidez juvenil.”

“En ese caso la que recuerdo no sería una fantasía consciente sino más bien una fantasía inconsciente que se ha expresado en estos recuerdos infantiles. ¿No le parece?”

“Pensamientos inconscientes que son una continuación de los conscientes. Uno se imagina: si me hubiera casado con ésta o aquella, y esto se continúa en el deseo de conjurar todo lo que está implícito en el matrimonio.”

“Ahora ya puedo continuar por mí mismo. Para un joven necio el motivo más tentador de todo el tema es la idea de la noche de bodas. Poco sabe de lo que vendrá después. Esta imagen, sin embargo, no osa salir al descubierto porque la mantiene suprimida⁴ la prevaeciente atmósfera de modestia y respeto con que se rodea a las muchachas. Por consecuencia permanece inconsciente... y se evade hacia un recuerdo infantil.”

“Tiene usted razón. El elemento groseramente sensual de la fantasía es, exactamente, la razón por la que no puede llegar a hacerse consciente, y por la que tiene que contentarse con ser aceptada en una escena infantil bajo la forma de una alusión disfrazada.”

“¿Y, por qué necesariamente en una escena infantil?”

“Tal vez justamente debido a su inocuidad. ¿Puede usted imaginarse un contraste mayor que el juego infantil, para unas intenciones sexuales tan brutalmente agresivas? Además, aun existen razones más básicas que son decisivas en lo que se refiere a la evasión de pensamientos y deseos suprimidos, hacia recuerdos infantiles. En las personas histéricas, se puede encontrar con regularidad este tipo de conducta. También parece ser que, generalmente, el recuerdo de aquellas cosas que han sucedido hace mucho tiempo, se hace más fácil por motivos de placer. *Forsan et haec olim meminisse juvabit.* (Y acaso más tarde lleguemos incluso a recordar estas cosas con agrado.)”

“Si así son las cosas, ya no puede merecerme confianza alguna la supuesta veracidad de la escena del “diente de león”. Me doy cuenta de que como

⁴ El término “represión” equivalente a “supresión” todavía no había sido introducido por Freud en esa época. (N. del T.)

consecuencia de las dos situaciones mencionadas con anterioridad —que estaban basadas en motivos actuales y muy tangibles— surge el pensamiento: «Si te hubieras casado con ésta o aquella muchacha, tu vida sería mucho más agradable». Y observo que la corriente sensual profunda que se oculta en mi interior reitera el pensamiento de la cláusula condicional en forma de imágenes en las que puede satisfacerse; que esta segunda versión del mismo pensamiento permanece inconsciente debido a su incompatibilidad con las normas sexuales prevaecientes, pero que por otra parte y como consecuencia de lo anterior, es capaz de subsistir en mi vida mental, a pesar del largo tiempo transcurrido desde que la versión consciente fuera desplazada por la cambiante realidad; que la cláusula inconsciente lucha, como usted dice, de conformidad con una ley válida, por metamorfosearse en una escena infantil que puede llegar a la conciencia debido a su inocuidad; que para alcanzar este fin debe aún sufrir una nueva transformación —o más bien dos— una, que inicia la ofensiva desde la proposición principal, expresándola bajo la forma de una imagen plástica, y otra que moldea la cláusula dependiente de tal manera que pueda alcanzar una representación visual, para lo cual recurre al pan —profesión de mesa servida, *bread and butter profession*— como concepto intermediario. Entiendo que con esta fantasía conseguí elaborar dos deseos suprimidos, el de la desfloración y el de la comodidad material. Pero después de darme cuenta de los motivos que conducen a la fantasía del “diente de león” me veo en la necesidad de admitir que, en esta discusión, hablamos acerca de algo que no ha ocurrido nunca, sino que más bien se introdujo de contrabando en el acervo de mis recuerdos infantiles.”

“Ahora soy yo quien debe actuar como defensor de la realidad. Usted va demasiado lejos. Permítame decirle que todas estas fantasías suprimidas tienden a evadirse hacia una escena infantil. Agreguemos ahora que esto no ocurre a menos que exista una huella de recuerdo de un tipo tal que ofrezca en su contenido puntos de contacto con el contenido de la fantasía, es decir, que se encuentren a medio camino, más o menos. Si se encuentra un punto de contacto —en nuestro caso es la desfloración, el acto de arrebatar las flores— entonces el contenido restante de la fantasía será reformado por medio de todas aquellas imágenes intermediarias que sean admisibles (recuerde el pan) hasta que se establezcan nuevos puntos de contacto con la escena infantil. Es muy posible que durante este proceso lleguen a producirse cambios en la misma escena infantil. Considero que las falsificaciones de la memoria se llevan a cabo de esta manera. En su caso parece que la escena infantil sólo ha experimentado ligeros retoques. Piense en la acentuada prominencia del amarillo y en lo exageradamente sabroso del pan. Y, sin embargo, la materia prima pudo ser utilizada. De no haber sido así, este recuerdo en particular nunca se hubiera destacado de todos los demás ni hubiera conseguido llegar hasta la conciencia. Dicha escena no existiría para usted como recuerdo infantil y tal vez su lugar hubiera sido ocupado por otra, pues ya

sabe usted con qué facilidad construimos puentes, en el pensamiento, desde cualquier parte y no importa a dónde. Quiero añadir, de paso, en relación con esa sensación suya, a la que no quisiera restarle ninguna importancia, que hay algo más que habla en favor de la genuinidad de su recuerdo del "diente de león". Contiene algunos vestigios que sus afirmaciones no pueden explicar y que tampoco encajan en las interpretaciones a que su fantasía ha dado lugar; por ejemplo, aquel en el que su primo le ayuda a robarle las flores a la niña. ¿Encuentra usted algún sentido en el hecho de recibir ayuda para llevar a cabo la desfloración? O ¿qué me dice usted de la campesina y la niñera que se encuentran frente a la casa?"

"Creo que no".

"En otras palabras, la fantasía no coincide exactamente con la escena infantil, sino que sólo tiene algunos puntos comunes con ella. Esto habla en favor de la genuinidad del recuerdo infantil."

"¿Cree usted que sea frecuentemente exacta una tal interpretación de aquellos recuerdos infantiles que son aparentemente inocuos?"

"De acuerdo con mi experiencia, muy frecuentemente."

III

El "hombre de treinta y ocho años" al que, para abreviar, podemos llamar Señor Y, nos proporciona una gran cantidad de datos específicos concernientes a la primera fase de su vida y relata dos episodios de su adolescencia. Si queremos establecer la identidad propuesta, tendremos que comparar este material con los datos históricos que conocemos de la vida de Freud.

Se da el caso de que disponemos de una información particularmente amplia respecto a los tres primeros años de la vida de Freud. Quien desee interiorizarse de los detalles puede consultar el "Menninger Bulletin" [2], que contiene un trabajo en el que se encuentran reunidos todos los datos de que disponemos. Quiero hacer aquí una breve recapitulación de aquellos hechos conocidos que son esenciales para el desarrollo de la labor que nos hemos propuesto.

Freud nació en un pueblo de Moravia llamado Freiberg. Sus padres ocupaban una posición bastante acomodada, pero debido a una crisis económica se vieron en la necesidad de trasladarse a "una gran ciudad" (Leipzig primero, y después a Viena), y desde entonces vivieron en la estrechez. Esta emigración tuvo lugar cuando Freud contaba tres años de edad. En su pueblo natal y cuando tenía dos años y medio nació una hermana. A los dos años sufrió un accidente, que le dejó una cicatriz perpetua en la mandíbula. El hermanastro de Freud, veinte años mayor que él, vivía en Freiberg con su familia. Los hijos de este medio hermano, un sobrino —un año mayor—

y una sobrina de su misma edad, más o menos, eran sus principales compañeros de juego. Había una niñera que cuidaba de los niños. La familia de este hermanastro abandonó Freiberg al mismo tiempo que Freud, pero se fué a "una ciudad lejana" (Manchester, Inglaterra), donde pronto recobró la buena situación económica que había perdido.

Esta breve historia de la vida de Freud corresponde en todo a la del Sr. Y, con excepción de un detalle. El Sr. Y dice que sus compañeros de juego eran sus primos, los hijos de un tío, mientras que las relaciones de Freud con sus primeros amigos no eran tan simples y triviales. (Discutiremos más adelante esta ligera discrepancia.)

El Sr. Y sólo menciona unos cuantos incidentes de su infancia, tres, para ser exactos, que no ocurren en la biografía de Freud. Para mis propósitos es de una importancia crucial el determinar si estos incidentes pudieron o no haberle sucedido a Freud en Freiberg:

1. Siendo aún muy niño, el Sr. Y daba paseos con su padre por los bellos bosques próximos a su pueblo natal. A media milla de Freiberg existen unos bosques de este tipo.

2. El recuerdo encubridor del Sr. Y, que es el tópico central del análisis, sucede en un escenario rural; una pradera en suave pendiente, una casa de campo y una campesina que usa pañuelo en la cabeza. En Freiberg el escenario rural era exactamente el mismo y las campesinas eslovacas usaban pañuelos en la cabeza.

3. El Sr. Y describe el viaje desde su pueblo natal a la gran ciudad dividiéndolo en dos fases; en la primera se utilizó un coche de caballos y en la segunda un tren, que el muchacho veía por primera vez en su vida. Puesto que en aquel tiempo Freiberg no tenía estación de ferrocarril, la familia Freud debe haber utilizado algún vehículo tirado por caballos para llegar a la estación, que se encontraba a una distancia nada desdeñable.

Es cierto que las escasas características que nos proporciona el Sr. Y acerca de su pueblo natal no hacen posible su identificación. Era uno de tantos pueblos rodeados de colinas y bosques y alejados de las vías del ferrocarril, igual que Freiberg. Pero éste es un hecho que viene a probar, precisamente, nuestro punto de vista. Así pues, todos los incidentes que conocemos acerca de la infancia del Sr. Y, o bien coinciden con los que ya sabemos que le ocurrieron a Freud en su propia infancia, o pudieron haber tenido lugar en su pueblo natal.

IV

El Sr. Y mencionó dos incidentes sucedidos en su adolescencia. A los diecisiete años volvió a visitar el lugar donde había nacido y tres años más tarde, encontrándose de vacaciones en la "ciudad lejana", vió de nuevo a su

tío y a sus primos. En la vida de Freud encontramos un paralelo perfecto con estos dos episodios. Dice Freud que a los diecisiete años y durante unas vacaciones de sus estudios de bachillerato, volvió a visitar Freiberg [3]. Puesto que nació en Mayo, su edad exacta en el tiempo de las vacaciones debe haber oscilado entre los dieciséis años y dos meses y los dieciséis años y cuatro meses. Esto se acerca bastante a los diecisiete años mencionados por el Sr. Y, aunque no lo suficiente. Sin embargo, creo que esta diferencia es de muy poca importancia a la luz de esta notable coincidencia. El Sr. Y, como se recordará, volvió a visitar el lugar de su nacimiento "aprovechando la invitación que me había hecho una familia con la cual habíamos mantenido relaciones amistosas en el pasado". Freud dice que visitó Freiberg "invitado por la familia Fluss" [3]. Sé, de buena fuente, que tanto el Sr. Fluss como sus hijos, mantenían una estrecha amistad con la familia Freud. Habían permanecido en Freiberg y, en el tiempo en que Freud los visitó durante las vacaciones, su situación era de nuevo muy próspera [15]. Lo mismo le había ocurrido al huésped del Sr. Y⁵.

"A los diecinueve años fuí a Inglaterra por primera vez", dice Freud [5]. Habían pasado tres años desde la visita a su pueblo natal. En el relato del Sr. Y el intervalo entre los dos viajes es el mismo. A los diecinueve años Freud era un estudiante de medicina, se encontraba enfrascado en sus libros y estaba tratando de abrirse camino en Química y Zoología, por medio de esfuerzos desorganizados. El Sr. Y nos cuenta que en aquel tiempo estaba dedicado por completo a los libros y a estudios "abstrusos". Al igual que el tío del Sr. Y, el hermanastro de Freud vivía otra vez en la prosperidad por el tiempo en que tuvo lugar la visita⁶.

Hablando de su vida adulta el Sr. Y nos dice que se vió precisado a sostener una dura lucha para llegar a ocupar un lugar adecuado en el terreno de la profesión que había elegido. También menciona su amor a los Alpes y a la flora alpina. Es bien sabido que Freud luchó de la misma manera y que compartía con el Sr. Y el amor por las montañas y las praderas elevadas. En *La Interpretación de los Sueños* se menciona con frecuencia la afición del autor por el alpinismo y también se refiere a esta forma de descanso en muchos otros lugares, como por ejemplo en el famoso análisis de Catalina en sus *Estudios sobre la Historia*. A este respecto merece la pena recordar un

⁵ Para ser exacto quiero hacer notar que el señor Y se refiere al viaje a su pueblo natal como si fueran sus primeras vacaciones en el campo, mientras que Freud dice que durante sus años de Bachillerato pasó varios períodos de vacaciones en un balneario de Moravia [6]. Pero no puede llamarse precisamente "vacaciones en el campo" al hecho de estar en un balneario con la propia familia.

⁶ Wittels [14] y Anna Bernays [1] dicen que Freud hizo el viaje a Inglaterra "al terminar el Bachillerato a los dieciocho años". Wittels no cita ninguna autoridad para asentar su afirmación y el recuerdo de Anna Bernays tiene algunos detalles en los que no se puede confiar, como tienden a probarlo varios aspectos de su trabajo. Por lo tanto, hasta que no aparezca alguna nueva evidencia, creo en la afirmación precisa de Freud.

pequeño episodio ocurrido más de sesenta años después de que el Sr. Y se impresionara tanto con cierta flor alpina de color amarillo oscuro.

Próximo Freud a cumplir sus ochenta años, el seminario de profesores del Instituto Psicoanalítico de Viena buscaba la manera de agasajarlo. Finalmente alguien sugirió que se le enviara como regalo un ramo de flores silvestres alpinas, obsequio que, además de salirse de lo ordinario, sería probablemente muy apreciado por él. Dió la casualidad de que uno de nuestros amigos iniciaba un viaje a las montañas por aquel tiempo y se mostró dispuesto a recoger las flores, regresando con un precioso ramo de Prímula Aurícula. El más joven del grupo, una muchacha de diecisiete años, fué la encargada de entregar las flores. Cuál no sería su sorpresa cuando Freud le pidió que pasara a su despacho y le dió personalmente las gracias, insistiendo en lo mucho que aquellas flores significaban para él.

V

En ambos casos los datos históricos coinciden tan perfectamente en todos los puntos esenciales y difieren en tan pocos y de tan poca importancia, que la comparación precedente casi derrota su propio propósito. Si el Sr. Y no es más que un disfraz adoptado por Freud, nos parece asombroso y nos intriga que deje traslucir los rasgos esenciales con tanta claridad. Mas por otra parte, en 1899 Freud todavía podía tomarse la libertad de expresarse con franqueza y candidez, ya que, con excepción del día y lugar de su nacimiento, la historia de su vida era completamente desconocida y todavía no se había constituido en objeto de curiosidad pública. Por consecuencia podía sentirse seguro con sólo efectuar algunos cambios en la historia del Sr. Y, puesto que utiliza los recursos más poderosos en el párrafo que sirve de presentación. En éste, Freud recurre abiertamente a la mentira y oculta su identidad de una manera radical por medio del contraste, asegurándonos que la profesión del Sr. Y está "muy alejada de la psicología"⁷.

⁷ El señor Y superó una ligera fobia por medio del psicoanálisis. Este es indudablemente uno más entre los drásticos artificios a los que recurre el autor para completar su disfraz, pero también podría ser algo así como una confesión. Freud se autoanalizó entre los años de 1896 y 1899, y no hay duda de que obtuvo beneficios considerables. Que haya tenido algunos "síntomas" de los que se curase y que estos síntomas fuesen de naturaleza fóbica, es algo que desconozco. Las observaciones clínicas hechas en sí mismo y publicadas en sus trabajos sobre *La Coca* (1884) [8], en el libro sobre *La Asia* (1891) [11] y en una nota acerca de la Parálisis de Bernhardt (1895) [10], no indican la existencia de síntomas de naturaleza fóbica, pero de ninguna manera los excluyen. Wilhelm Fliess, que fué, durante el período en cuestión, el amigo más íntimo de Freud, ha afirmado que éste se liberó de una fobia por autoanálisis [16]. Hans Sachs nos habla de la habitual ansiedad que despertaba en Freud el temor de perder un tren [13], que podría muy bien ser el aspecto residual de una fobia al ferrocarril. Hay indicaciones que apuntan en el sentido de que la fobia del señor Y, también estaba relacionada con el hecho de viajar en ferrocarril.

De hecho, Freud utilizó la misma técnica en aquel otro caso en que ocultó su identidad, en *El Moisés de Miguel Ángel* [4]. Además altera la edad del Sr. Y, porque sabemos que tenía cuarenta y tres años cuando escribió su trabajo. Es decir, nos describe un Sr. Y más joven que él, hecho comprensible en una persona que, como Freud, tanto resentía envejecer. Elige precisamente la cantidad de cinco años y hace así del Sr. Y una persona de treinta y ocho años⁸.

Después de haber tomado estas precauciones puede contarnos su propia historia con toda franqueza, substituyendo los nombres por amplias generalizaciones tales como "un pueblecito del campo" en vez de Freiberg, y "la ciudad lejana" en lugar de Manchester⁹.

Teniendo en cuenta la posibilidad de que hubiera un lector entre sus amigos más íntimos, probablemente descó presentar de una manera borrosa el único hecho saliente de su niñez —que hubiera podido caracterizarlo individualmente ante este sector de su auditorio—, lo que explica que haya transformado a su sobrino, un año mayor que él, y a la hermana de éste, en triviales primos. Esto aclara la distorsión que se encuentra en esta parte del relato.

En su *Interpretación de los Sueños*, que apareció un año después de haberse publicado el artículo sobre los *Recuerdos Encubridores*, Freud empezó a revelar muchos detalles acerca de sí mismo y de su pasado, y continuó haciendo lo mismo en publicaciones posteriores. Desde aquel instante se hizo insuficiente el ligero disfraz tras el que se había ocultado en el caso del Sr. Y. ¿Será ésta la razón del extraño destino que le cupo a este trabajo? En 1906 Freud reunió en un volumen todos sus estudios sobre psicoanálisis que se hallaban dispersos, "Sammlung kleiner Schriften zur Neurosenlehre" [7], pero aunque el artículo sobre *Los Recuerdos Encubridores* presenta y explica uno de los conceptos básicos del psicoanálisis¹⁰ no se encuentra entre ellos.

Bien es cierto que, en aquel tiempo, el contenido fundamental de este trabajo era fácilmente accesible en el capítulo sobre "Kindheits-Erinnerungen"¹¹

⁸ Esta cantidad de cinco años expresa —como Hans Sachs me señala en una carta— un deseo directo y explícito de Freud, quien antes de 1899 escribía en su *Interpretación de los Sueños*: "¡Qué son cinco años... para mí no representan nada!" (*Ges. Schr.*, vol. II, p. 366). Esta observación se refiere a los cinco largos años de noviazgo que tuvo que soportar por no haber elegido una profesión de mesa servida.

⁹ Se dice que la entrevista con el Sr. Y tuvo lugar en el año de 1898, cuando Freud tenía cuarenta y dos años. Como el Sr. Y, Freud comenzó a prestar atención a sus recuerdos infantiles a esta edad.

¹⁰ El Vol. I de "Collected Papers" está basado en la "Sammlung", razón por la que se ha omitido el artículo "Ueber Deckerinnerungen". Una nota en el Vol. IV, p. 476, dice: "un trabajo sobre *Los Recuerdos Encubridores* que forma parte de la *Psicopatología de la Vida Cotidiana*. 1904".

¹¹ Este capítulo resume los datos que aparecen en el trabajo sobre *Los Recuerdos Encubridores* y los ilustra valiéndose de dos casos. Uno ha sido tomado del trabajo original. El otro —una substitución del caso del Sr. Y— es francamente autobiográfico y presenta el famoso recuerdo infantil del cajón y el hermanastro.

de la "Psychopathologie des Alltagslebens" [12]. Pero lo mismo ocurrió con las ideas de algunos otros artículos que, sin embargo, volvieron a ser publicadas en el conjunto de la "Sammlung".

VI

Puesto que la comparación de todos los datos conocidos demuestra un paralelo perfecto entre Freud y el Sr. Y, y ya que tanto la presencia como la ausencia de discrepancias parecen ser susceptibles de una explicación plausible, creo poder concluir con seguridad que en el caso del hombre de treinta y ocho años Freud se presentó a sí mismo. Esta identificación pone nuevo material a la disposición de los estudiantes de la vida y la personalidad de Freud. En el presente artículo no pienso discutir este material ni evaluar los cambios que podría ocasionar en algunos de los aspectos que nos presenta la imagen de Freud, tal y como la concebimos en la actualidad.

Traducido por el Dr. AVELINO GONZÁLEZ

REFERENCIAS

1. BERNAYS, ANNA FREUD: *My Brother Sigmund Freud*. Am. Mercury. Nov. 1940, p. 339.
2. BERNFELD, SIEGFRIED & BERNFELD, SUZANNE CASSIRER: *Freud's Early Childhood*. Bull. Menninger Cl. 8. 1944, p. 107 ff. (Véase pág. 112 de esta revista).
3. FREUD, SIGM.: *Brief an den Buergermeister der Stadt Pribor*. Ges. Schr., 12, p. 414.
4. FREUD, SIGM.: *Der Moses des Michelangelo*. 1914, Ges. Schr. 10, p. 257.
5. FREUD, SIGM.: *Die Traumdeutung*. 1900, Ges. Schr. 2, p. 441.
6. FREUD, SIGM.: *Neue Folge der Vorlesungen*. Ges. 12, p. 299.
7. FREUD, SIGM.: *Sammlung kleiner Schriften zur Neurosenlehre aus den Jahren 1893-1906*. Lpzg., Wien. 1906.
8. FREUD, SIGM.: *Ueber Coca*. Centrbl. f. d. ges. Ther. 2, p. 289.
9. FREUD, SIGM.: *Ueber Deckerinnerungen*. Mo. f. Psychi. u. Neurol. 6, 1899. Ges. Schr., 1, p. 472 ff.
10. FREUD, SIGM.: *Ueber die Bernhardt'ssche Sensibilitaetsstoerung*. Neurol. Centrbl. 14, p. 491. 1895.
11. FREUD, SIGM.: *Zur Auffassung der Aphasien*. Lpzg., Wien. 1891.
12. FREUD, SIGM.: *Zur Psychopathologie des Alltagslebens*. 1904. Ges. Schr. 4, p. 51. ff.
13. SACHS, HANS: *Freud Master and Friend*. Cambridge. 1944.
14. WITTELS, FRITZ: *Sigmund Freud*. London, 1924, p. 21.
15. Información facilitada por el Dr. E. Windholz, quien se documentó en una carta del Sr. Fluss, Jr.
16. Información facilitada por el Dr. Ernst Simmel.